

# **Hacia una crítica a la sociología de la transición: reflexiones sobre la paradoja de la desinstitucionalización en el análisis de las trayectorias de jóvenes vulnerables en Argentina<sup>1</sup>**

*Eugenia Roberti*

Universidad Nacional de La Plata  
eugenia.roberti@hotmail.com

---

## ***Resumen***

El artículo reconstruye las trayectorias de jóvenes de un barrio periférico, a partir de indagar las prácticas y valoraciones subjetivas en torno a la escuela, el trabajo y la familia. En un contexto de profundas transformaciones en la condición juvenil, la investigación analiza el resquebrajamiento del modelo lineal de transición a la vida adulta. Asimismo, plantea el carácter paradójico del proceso de desinstitucionalización del curso de vida, al vislumbrar la relevancia que adquieren nuevos soportes relacionales en la configuración de las trayectorias juveniles.

Palabras clave: juventud; transiciones a la vida adulta; desinstitucionalización; metodología cualitativa.

## ***Abstract***

### **Towards a critic of the sociology of the transition: thoughts about the paradox of deinstitutionalization in the analysis of trajectories of vulnerable youth in Argentina**

The article reconstructs the trajectories of young people in a peripheral neighborhood of Buenos Aires, analyzing practices and subjective valuations about school,

<sup>1</sup> Agradezco los atentos comentarios de los(as) evaluadores(as).

work and family. In a context of deep transformations in the condition of youth, this research analyzes the breakdown of the linear model of the transition to adulthood. It also describes the paradoxes in the process of deinstitutionalization of the life course, offering a glimpse into the increasing relevance of new relational supports in shaping youth trajectories.

Key words: youth; transitions to adulthood; deinstitutionalization; qualitative methodolog.

---

## Introducción

Gran parte de la literatura sobre estudios juvenológicos señala que para comprender las problemáticas que afectan la condición juvenil es necesario observar las vicisitudes que se produjeron en las sociedades contemporáneas. En este sentido, los cambios ocurridos a fines del siglo XX dan cuenta de una reconfiguración en las experiencias biográficas de las nuevas generaciones. Las biografías juveniles no pueden comprenderse al margen de las transformaciones que ocurren en distintas esferas de la vida social, tampoco por fuera de los marcos espacio-temporales en los que se insertan. Por esta razón, el presente artículo busca comprender las imbricaciones entre diversas esferas que, en el juego de sus interdependencias, dan forma a las trayectorias juveniles: la educación, el trabajo, la familia, el barrio y los grupos de pares.

Desde una posición crítica a la perspectiva de la transición a la vida adulta, la idea central que está detrás de los siguientes apartados sostiene que las juventudes contemporáneas se inscriben en la crisis de un doble pasaje que comprendía una transición lineal de la escuela al trabajo, y de la familia de origen a la de procreación. En el marco de estos cambios experimentados en los modelos y procesos de entrada a la adultez, buscamos develar el modo en que se configuran las trayectorias de jóvenes varones de un barrio de la periferia nordeste de la provincia de Buenos Aires (Argentina).

El artículo se organiza en tres grandes apartados. En primer lugar proponemos un modelo analítico que integra tradiciones usualmente contrapuestas en el campo juvenológico. En una segunda instancia, tomando como marco de referencia el modelo normativo-lineal de transición a la vida adulta, indagamos si la época actual presenta rasgos de desinstitutionalización en los patrones biográficos. Para abordar el modo en que se constituyen las trayectorias de estos jóvenes, se delimitan tres momentos en función de las distintas transiciones que atraviesan a la esfera educativa, laboral y familiar. Finalmente se establece una distinción frente a esas institucionalidades clá-

sicas, al delinear la relevancia que adquieren nuevos soportes territoriales en la configuración de las trayectorias juveniles.

### **1. Integrando tradiciones: la perspectiva culturalista y la sociología de la transición en los estudios sobre juventudes**

Los estudios juvenológicos se han constituido como un campo en disputa, una multiplicidad de investigaciones aborda, desde diferentes disciplinas y aproximaciones, la cuestión etaria al presentarla como una dimensión trasversal que se entrecruza con diversas áreas de estudio, tales como la educación, el trabajo, la cultura, entre muchas otras. El debate por establecer sus límites dentro de las ciencias sociales perdura y no se ha alcanzado un pleno acuerdo respecto a su especificidad. En este marco, el presente apartado problematiza el estudio de las juventudes a través de la propuesta de un marco de análisis para su comprensión, a partir de poner en diálogo dos tradiciones que aparecen usualmente escindidas o confrontadas dentro del campo juvenológico: la perspectiva culturalista y la sociología de la transición.

Desde la primera orientación interpretativa se establece un cuestionamiento al enfoque sociodemográfico que define la juventud desde una aproximación etaria e incorpora dimensiones de análisis relativas al carácter sociocultural del fenómeno juvenil. La juventud no puede ser entendida como una categoría que clasifica a los individuos de acuerdo con un dato biológico. El establecimiento de parámetros estadísticos comparables se enfrenta a la diversidad de realidades sociales y culturales que trascienden los límites de edad. Precisamente, la condición juvenil no se ofrece de igual forma al conjunto de los integrantes pertenecientes a dicha categoría estadística. Por el contrario, existen modos diferentes y desiguales de ser joven (Martín Criado, 1998; Pérez Islas, 2008; Reguillo, 2000).

Incluso, lejos de tratarse de un fenómeno universal, es solamente en formaciones sociales específicas donde la juventud aparece como un periodo destacado (Souto Kustrín, 2007). De allí que no sea posible pensar a este grupo de edad como un continuo temporal y ahistórico. Las edades son estadios biográficos culturalmente contruidos, que presuponen fronteras más o menos laxas y formas más o menos institucionalizadas de paso entre los diversos grados de edad (Feixa, 2003). Cada cultura establece sus propios modos de producirlas y organizarlas, en el caso de las culturas occidentales modernas este esquema ha sido la institucionalización del curso de vida (Kohli, 1986; Chaves, 2010).<sup>2</sup>

<sup>2</sup> En Latinoamérica, el proceso de “institucionalización del curso de vida” se consolidó

Estas sociedades delimitan las etapas de integración de las nuevas generaciones por medio de instituciones que marcan “ritos de pasaje modernos” e instituyen un estadio propio a la juventud. En consecuencia, las biografías nos remiten a la construcción de temporalidades sociales que regulan y pautan la vida del sujeto, donde el sistema de clasificación por edades contribuye a dar forma a las trayectorias individuales (Gleizer, 1997). Dichas secuencias típicas socialmente instituidas, han sido analizadas con especial valor en las investigaciones acerca del pasaje a la vida adulta (Saraví, 2006; Parrilla Latas, Gallego Vega & Moraña Díez, 2010).

Desde esta otra mirada, el enfoque conocido como sociología de la transición (Casal, 1996; Furlong & Cartmel, 1997; Galland, 2007) concibe a la juventud como un proceso social de emancipación que atañe a aspectos familiares y económicos. El tránsito hacia la adultez se asocia aquí con dos procesos fundamentales: “la juventud es la edad de la vida donde se opera un doble ‘pasaje’: de la escuela a la vida laboral, de la familia de origen a la familia de procreación” (Mauger, 1989, t.a.). Pese a la relevancia que adquiere para esta investigación, adoptamos una posición controversial con estos supuestos. Nuestras críticas apuntan a que este enfoque avala una mirada adultocéntrica, que establece las características del sujeto joven desde la falta, las ausencias y la negación; asimismo, la idea de transición se asocia con una visión lineal, teleológica y estática de la juventud, que prevé la sucesión ordenada de acontecimientos comunes para todos los individuos y corre el riesgo de no percibir que, en razón de la época histórica y de la heterogeneidad propia de la condición juvenil, es posible identificar diferentes modalidades en que se efectúa ese doble pasaje. En definitiva, el propio concepto de transición es interpelado a causa de las dificultades para delimitar un estadio vital que se creía de límites nítidos y cuyo único objetivo era la plenitud adulta.

La puesta en cuestión de esa aproximación debe ser interpretada a la luz de la emergencia de nuevas condiciones sociales que produjeron patrones de vida inéditos. Las biografías dejan de ajustarse a las secuencias tradicionales de la organización tripartita del curso de vida (juventud-adultez-vejez); se observa una ruptura de las transiciones claramente demarcadas en torno a las distintas edades, cuyos umbrales instituían el pasaje entre etapas de la vida que se sucedían de manera lineal, ordenada y previsible. Desde este lugar,

---

a través del modelo económico impulsado entre 1930 y 1970 (Guerra Ramírez, 2008). Para el caso argentino este modelo logró configurar un esquema de movilidad social ascendente y una estructura ocupacional relativamente homogénea, estable y asalariada; donde el mercado de trabajo actuó como mecanismo de integración social, en términos de derechos, estabildades y protecciones. Sin embargo, tuvo un menor alcance que en los países desarrollados, al tiempo que reveló desigualdades entre distintos sectores sociales.

ciertas investigaciones definen la época actual como una etapa de “desinstitucionalización del curso de vida”; dada la creciente desregulación y la menor normalización en la secuenciación del calendario vital (Kohli, 1989; Saraví, 2006). En esta dirección, los umbrales tradicionales de transición a la adultez —finalización de la formación, obtención de un empleo, constitución del propio hogar— manifiestan una multiplicidad de estatutos intermedios y reversibles, más o menos transitorios y precarios. Como producto de estos cambios, los estudios sobre juventudes han demostrado que las transiciones a la vida adulta se vuelven más complejas, prolongadas y desestandarizadas (Bendit, Hahn & Miranda, 2008; Pérez Islas, 2008; Miranda, 2010). Se destaca la extensión del periodo juvenil hasta edades avanzadas, se sostiene el surgimiento de trayectos más heterogéneos y se observa una desincronización de los calendarios biográficos que dificultan el sentido de coherencia entre esferas de la vida fragmentadas y etapas vitales de límites borrosos.

En este punto postulamos la relevancia de atender a nuevas perspectivas en el estudio de las juventudes, que den mayor centralidad al examen de las transiciones a partir de los sentidos y las estrategias que despliegan los propios jóvenes. Surge así el interés de complementar las aproximaciones al modelo normativo-lineal de “entrada a la vida adulta” —como parámetro analítico— con el análisis de los modos subjetivos de vivir este estadio vital, buscando vislumbrar que la juventud cobra sentidos específicos al ser considerada en un contexto sociocultural particular. El planteo teórico-metodológico parte precisamente de concebir las trayectorias como un punto de cruce entre lo estructural y lo biográfico (Jacinto, 2010), entendiendo que los procesos de transición de los jóvenes se inscriben en marcos institucionales y requieren miradas diacrónicas que consideren las múltiples esferas vitales.

La unidad de observación elegida fue un barrio conocido como El Aluvión.<sup>3</sup> Al igual que otros barrios radicados en zonas periféricas del espacio urbano, presenta condiciones habitacionales y sanitarias mínimas, donde muchos de sus habitantes se encuentran en situación de pobreza: 22% de los hogares pertenecientes a esta localidad exhiben necesidades básicas insatisfechas y 30.4% habitan en viviendas críticas. En el marco de la suburbanización de los alrededores del casco urbano, el asentamiento de la población se produjo en función del espacio disponible, donde la periferia presenta peores condiciones socioeconómicas, menor infraestructura urbana y carencia de servicios públicos, lo que refleja un acceso desigual a la ciudad. No obstante, El Aluvión

<sup>3</sup> El nombre del barrio y de los entrevistados fueron modificados con el fin de preservar el anonimato.

constituye un espacio heterogéneo que implica condiciones socioeconómicas diversas: enclaves de clase media-baja se mezclan en el paisaje urbano con asentamientos y áreas de pobreza estructural.<sup>4</sup>

Desde una perspectiva cualitativa, elaboramos 52 documentos primarios con base en entrevistas en profundidad y observaciones participantes que buscaron aprehender la constelación de sentidos, prácticas e imaginarios juveniles. La observación participante brindó un marco fértil para caracterizar el barrio donde habitan los jóvenes, el cual cobra relevancia a la hora de aprehender el ámbito donde conforman sus trayectorias y experimentan su condición juvenil. Partimos así de un marco situacional que comprende que las trayectorias se inscriben en ámbitos institucionales y contextos específicos de análisis que involucran —como parte del trabajo de investigación— el espacio de residencia de los jóvenes. Realizamos el trabajo de campo en las principales instituciones radicadas en el ámbito barrial, donde se desarrollan actividades sociales, educativas y laborales de distinta índole, que incluyen el trabajo en cooperativas, cursos de capacitación laboral y terminación de los estudios primarios o secundarios.

Por su parte, la entrevista en profundidad otorgó la posibilidad de acceder a la perspectiva de los sujetos investigados, conociendo cómo interpretan ciertas experiencias en sus propios términos. Específicamente realizamos entrevistas retrospectivas que indagaron sobre la organización de secuencias temporales en las biografías. La aplicación de esta técnica estuvo dirigida a jóvenes varones de entre 16 y 29 años. Desestimamos una definición de la juventud sólo en términos etarios; por esta razón, ese criterio de selección muestral fue complejizado y cargado de sentidos durante el trabajo de campo.

<sup>4</sup> Por consiguiente surgen diversas significaciones en torno a la configuración del espacio barrial que involucra aquellos sentidos que emergen de vivir en “el fondo”, en las calles más inundables, aquellas que se encuentran aún sin asfaltar, que trazan el sendero hacia las casas de chapa y madera, radicadas en el asentamiento; y aquellas connotaciones que se derivan de vivir en “el asfalto”, en las calles que forman los accesos predilectos a la avenida que conduce al centro de la ciudad, donde se observan viviendas de hormigón y se localizan los principales comercios e instituciones.

## 2. La crisis del doble pasaje a la vida adulta: hacia una reconstrucción de las trayectorias de los jóvenes del barrio El Aluvión

### 2.1. Primer momento. El largo y complicado proceso de transición de la escuela al trabajo

La descripción de la trayectoria educativa que delinear los jóvenes entrevistados asume una orientación especial a la luz de los supuestos que proclama la perspectiva de la transición a la vida adulta. En contraposición a esas presunciones, los recorridos de formación escolar de los jóvenes adquieren un carácter errático; la etapa de instrucción suele ser breve y está signada por ciclos discontinuos que trazan un camino marcado por el abandono escolar y la alternancia institucional. Si bien las repitencias y deserciones se producen mayoritariamente en el último tramo de la escuela secundaria, en algunos casos estos trayectos fragmentados se desarrollan desde edades muy tempranas.

—¿El tema de los estudios cómo fue?

—Vagancia. Fue **catastrófico** directamente, empecé 1°, 2° y **ya 3° repetí** [del primario...]. Arranqué de vuelta, y ya arranqué con pocas ganas. Las maestras me hacían pasar [...]. Después **no quise estudiar más. Iba a repetir 8° año y me fui a la mierda.** (Ramiro, 29 años)

—El Jardín lo hice acá, después me pasaron al colegio de 170; **ahí hice toda la primaria hasta 6°. Después me cambiaron de ahí porque tuve conflictos con unos compañeros**, porque me pegaron, y de ahí me cambiaron a la escuela que está en 115. Bueno, ahí **repetí tres veces**... en el año 2009 me cambiaron a Echeverry, repetí de nuevo [...]

—¿Qué año estabas haciendo?

—Vendría a ser 1°. Me cambiaron de turno a la tarde, hice en el 2010 de nuevo 1° y, bueno, pasé a 2°. Y ahora estoy en 3° y **me bajaron a 2° de nuevo por las dos materias que debía.** (Germán, 18 años)

En esos nuevos intentos y regresos, los jóvenes deben enfrentar la segmentación del sistema educativo que constituye circuitos de calidad educativa diferenciada según el origen social. Proceso que se evidencia en la valoración negativa de las instituciones a las que concurren, percibida por los propios jóvenes como una “escuela de pobres”: “no me gustaba [la escuela], si no aprendía nada. Cuando yo estaba yendo a 7°, me estaban recién enseñando a dividir por una cifra...” (Herlo, 16 años). En este punto, es significativo advertir que la mayoría de los entrevistados asiste a establecimientos educa-

tivos barriales o —en su defecto— a escuelas aledañas, siendo la primera generación que accede a los estudios secundarios.

Más allá de la forma que asume en el contexto barrial, en términos genéricos los jóvenes realizan una valoración positiva de la institución escolar, como un espacio de aprendizaje y crecimiento personal: “sirve un montón porque enseña mucho, te hace crecer” (Darío, 26 años). No obstante se observa —como plantea Jacinto (2006)— una dificultad para nombrar entre los aprendizajes algún contenido por fuera de las competencias lingüísticas, orales y escritas: “yo no quiero saber nada, si yo ya sé leer y escribir” (Lautaro, 18 años). Desde esta mirada, la decisión de retomar o continuar el colegio se relaciona con la certificación que brinda dicha institución, donde no son valorados los conocimientos instruidos sino “el papel” (título secundario) que habilitaría el acceso a un trabajo de calidad: “me anoté para ver si puedo cambiar de trabajo” (Sebastián, 27 años). Como sintetiza el relato de Mauricio, quien concluye el secundario en la Escuela de Adultos del barrio luego de sobrellevar algunas repitencias y haber sido expulsado del colegio: “**La escuela te ayuda a crecer como persona [...].** Vendría a ser como el eje de tu vida, porque si nunca estudiaste, nunca hiciste nada, no vas a tener un laburo, porque **si no sabés ni leer, ni escribir, es difícil conseguir laburo**” (Mauricio, 24 años).

Paradójicamente, a partir de la década del noventa se pone de manifiesto que la credencial educativa como garantía de la inserción laboral resulta “cada vez más necesaria, cada vez más insuficiente”, parafraseando el libro de Filmus y coautores (2001). En este sentido, la valorización que de la institución escolar realizan los jóvenes, en tanto condición para lograr una movilidad social ascendente, debe comprenderse en el marco de devaluación de las titulaciones académicas, en que más años de estudio pierden valor relativo en el mercado de trabajo, al mismo tiempo que no garantizan el acceso a un empleo de calidad, ni el tan anhelado ascenso social.

Pese a la expansión de la matrícula escolar del nivel medio y el ingreso de jóvenes de sectores sociales antes relegados, las nuevas generaciones cuentan con más años de educación formal que no logran traducirse en mejores posiciones en el mundo laboral. La ruptura de las relaciones directas entre nivel educativo e inserción ocupacional, manifiesta que se está lejos de modelos lineales de paso de la escuela al trabajo. Sin embargo, en los jóvenes perdura un imaginario acerca de la conclusión de los estudios escolares como una herramienta que dota de mayores oportunidades y posibilita “ser alguien”, frase enunciada reiteradamente.

La escuela, mi opinión, es que es algo muy necesario. Te lleva a crecer más como persona, en el aspecto de que si no estudias no se te pueden abrir muchas puertas



ahora. El estudio es todo [...] o sea, para mí, que no pude estudiar, es todo. En este momento pienso **que con una capacidad de estudio mayor que la que tengo, podría estar en otro lado trabajando...** (Marcos, 23 años)

Si bien todos los entrevistados tienen en su horizonte los estudios secundarios, esta meta difícilmente se alcanza. La escuela aparece bajo la forma de un “deber ser” que no logra resolver la tensión entre urgencia y proyecto que despliegan los jóvenes en esa etapa de sus vidas, cristalizada en una lógica contradictoria entre la estrategia de reproducción a corto plazo y la estrategia de formación a largo plazo. Así, las nuevas generaciones establecen idas y vueltas con el colegio: entre el imaginario y lo posible, van trazando una trayectoria educativa trunca.

—Estaría bueno igual terminarla [la escuela].

—Para un trabajo fijo. Igual ahora no se necesita el estudio para mí.

—¿Para trabajar o para qué?

—No [...] necesitamos trabajar [...] porque **nos faltan muchos años**, no es que nos falta uno **para terminar. Y ahora necesitamos más trabajar que estudiar.**

—Claro, no podemos estudiar ahora. Porque tenemos que comprar las cosas [al bebé].

—Más adelante sí, capaz, pero ahora más el trabajo. (Lautaro y Anabel, 18 años)

En estos relatos se observa que el vínculo con la escuela no se ha desarrollado sin conflictos. La permanencia en la institución educativa constituye así una etapa crítica y son diversas las razones que enuncian los entrevistados para justificar su progresivo alejamiento, en que el momento de deserción deja entrever numerosas desigualdades. Desde una primera aproximación, se evidencia la dificultad de compatibilizar el trayecto escolar con un ingreso prematuro al mercado laboral: “**A veces iba, cuando salía de la escuela, a laburar [...] sino faltaba [...]** porque a la escuela no le daba mucha bolicilla, yo la quería dejar [...]. Me decían que estudie, que no deje. Y yo, como **ya le había agarrado el gusto a la plata, quería dejar de estudiar**, quería mi plata, y bueno...” (Herlo, 16 años).

De este modo, la conjunción de periodos de trabajo y estudio —tarde o temprano— termina dando prioridad a la trayectoria laboral sobre la educativa. “Me fui a laburar afuera [...] y quedé libre ahí” (Fermín, 19 años); “empecé a laburar y no fui nunca más” (Ramiro, 29 años). Así, para un grupo de jóvenes el momento en que se produce la deserción escolar encuentra su explicación en un evento clave de sus vidas, como es la entrada plena (luego de una etapa de aproximaciones sucesivas) al mercado de trabajo.

Ahora bien, los jóvenes desertan del sistema educativo porque la escasez de ingresos de sus hogares los obliga a adelantar su entrada al mundo laboral, aun antes de completar su formación. Sin embargo, el abandono prematuro de la escuela no debe atribuirse exclusivamente al origen socioeconómico. Es necesario considerar también la capacidad de interpelación que tiene la institución escolar frente a la diversidad de expectativas y sentidos que adquieren otras esferas de la vida.

Precisamente, las connotaciones simbólicas que asume la escuela la ubican en un lugar relegado en relación con otras esferas alternativas, que presentan una mayor incidencia en los procesos de subjetivación. Estos procesos se desarrollan en el marco de lo que Kessler (2010) denomina “una escolaridad de baja intensidad”: “al estudio no le daba bolilla” (Alejo, 29 años); “me empecé a portar mal, y bueno, después faltaba” (Gastón, 18 años); “de vagancia estaba, no me gustaba” (Jeremías, 20 años). Estas inconsistencias y debilidades dan lugar a una institución educativa que se encuentra imposibilitada para responder a aquellos significados tradicionales que la convirtieron en un lugar privilegiado de producción de las juventudes: “Se constituye así en una escuela acotada, que luego de los años iniciales comienza a perder su capacidad de interpelación, quedándose paulatinamente vacía de sentido. El ‘desastre’ y el ‘aburrimiento’ emergen como los sentimientos que permean la experiencia escolar y que denotan la incapacidad de la escuela para marcar a los sujetos” (Saraví, 2009, p. 306).

Frente a la pérdida de centralidad de la escuela se presentan ámbitos alternativos de identificación y subjetivación juvenil. Desde esta perspectiva, en la biografía de los jóvenes la constitución temprana de la familia propia aparece como un punto de inflexión que propicia de manera indirecta el retiro de la escuela y la búsqueda de una ocupación: “dejé la escuela cuando me junté, a los 19 años” (Mauricio, 24 años). Otro argumento, al que acuden algunos entrevistados, se vincula a las formas de sociabilidad que desarrollan con los grupos de pares, donde “la vagancia”, “la calle”, “la droga”, adquieren preponderancia ante una institución escolar que genera desacuerdos con la cultura juvenil: “la calle me ayudó a saber bastantes cosas [...] que no aprendo en mi casa o en la escuela” (Herlo, 16 años): “—¿Por qué dejaste el colegio? —**Por la vagancia en el barrio, por joda, por estar con los pibes.** No me quería levantar a la mañana para ir al colegio” (Jeremías, 20 años).

En consecuencia, el concepto de transición utilizado desde los años setenta para investigar el paso de la escuela al trabajo (Vincens, 1999), comienza a perder sentido en un contexto en el que es difícil delimitar de manera precisa el pasaje de un ámbito a otro. Las pautas de vida de estos jóvenes contradicen aún más estos supuestos lineales y categóricos, en la medida en que la

desincronización y mayor complejidad de los rumbos educativo-laborales se conforman en articulación con acontecimientos y decisiones que involucran otras esferas vitales.

De esta manera, los caminos que los jóvenes toman entre la escuela y el trabajo rompen con la idea de transiciones pautadas, sincronizadas y predecibles. No sólo los entrevistados suelen conjugar y alternar periodos de ocupación y formación, sino que también reingresan a la enseñanza media luego de un largo periodo de inserción en el mercado de trabajo, donde no han podido alcanzar una integración laboral plena. Ahora bien, los sucesivos fracasos en el proceso de escolarización tradicional llevan a los jóvenes a optar por vías alternativas de terminalidad educativa, que forman parte de la oferta de servicios para jóvenes y adultos.

Frente a trayectorias signadas por una escolaridad fallida, los jóvenes asumen cierta responsabilidad individual —“no me da la cabeza”, “era reburro”, “no me gusta estudiar”— que conduce al ocultamiento de los mecanismos de expulsión del sistema educativo. El siguiente relato ilumina uno de los modos más habituales en que los jóvenes son apartados del ámbito escolar: “me echaron de la escuela [...] ya no permitían más, había repetido un montón de veces, aparte ya era grande” (Juan, 19 años). Ante la imposibilidad de continuar en el formato tradicional de enseñanza, estos dispositivos pedagógicos promueven la terminalidad de aquellos jóvenes que no han resuelto su escolarización en los tiempos institucionales previstos.

Es interesante aludir también a las razones que formulan los entrevistados a la hora de seleccionar la institución donde continuaron sus estudios. En estas narraciones adquiere relevancia la dimensión espacial, al advertirse que la cercanía aparece como un criterio a considerar en el análisis, más aún al contemplar que los jóvenes concurren a la escuela ubicada en el barrio donde residen.

—¿Después a qué colegio fuiste?

—A la Escuelita.

—¿Es igual al otro o hay diferencias?

—En éste **me siento más bien, porque está más cerca de mi casa [...]. La [profesora] de acá es más buena** que la otra. (Paco, 19 años)

En última instancia, la implementación de formatos educativos alternativos a la experiencia escolar tradicional permite generar espacios de aprendizaje que se adaptan a las situaciones que presentan los jóvenes. Asimismo, la organización curricular y la formación de “autoestima” favorece el egreso de quienes tienen pendiente culminar su formación: la baja carga horaria y la

flexibilidad en el cursado de las actividades escolares permite a los entrevistados compatibilizar la escuela con las oportunidades laborales esporádicas que van surgiendo; sin embargo, no todos consiguen alcanzar esta meta. En efecto, más allá del acompañamiento en el tránsito por la escolaridad que propician estas nuevas institucionalidades, es fundamental acudir a soportes externos a la propia escuela para garantizar la permanencia de los jóvenes.

## *2.2. Segundo momento. En el umbral del trabajo: trayectorias laborales en tiempos de desestructuración*

Un punto de partida significativo para comprender el modo en que se construyen las trayectorias laborales de los jóvenes entrevistados reside en analizar las condiciones de inserción en el mercado de trabajo y las posiciones alcanzadas en el del campo laboral. En este marco, el interés de este apartado radica en averiguar las formas de ingreso a una ocupación, la edad establecida en el momento de iniciación, las motivaciones planteadas y las actividades desarrolladas.

Una aproximación a los relatos da cuenta de un ingreso prematuro a la vida laboral, que se comprende a partir de situaciones de privación derivadas de una búsqueda de autonomía —“me quería comprar mis cosas”— o de una necesidad de contribuir con la economía familiar —“mi viejo me llevaba a trabajar”—. Más allá de estas circunstancias familiares o personales, la incorporación al mercado del trabajo se concibe como un medio para la obtención de ingresos. La edad promedio es de 13 años, cifra que se encuentra por debajo de la normativa que regula el acceso al mercado laboral; sin embargo, se registran casos donde la primera ocupación se desarrolla de manera aún más anticipada. Esta situación es representada por aquellos jóvenes que se desempeñan como trabajadores familiares, sin percibir una remuneración. A lo anterior hace alusión Fermín, un joven de 19 años que advierte: “a los seis años trabajaba en el carro con mi viejo”. Incluso hay situaciones en que se insinúa trabajar “desde siempre”:

—¿Anteriormente en Paraguay habías trabajado?

—Y allá, en el campo [...] así carpiendo, sembrando.

—¿Ayudabas a tus papás?

—Sí.

—¿Desde qué edad los ayudás?

—**Desde que yo recuerde.** (Elio, 18 años)

Si bien muchos jóvenes se inician desarrollando tareas como trabajadores familiares: “fui a trabajar con mi tío y con mi papá” (Gastón, 18 años); también se encuentran aquellos casos que incursionan en el mercado ocupacional de manera “autónoma” (en un vínculo no mediatizado por el parentesco), a través de actividades por cuenta propia o en relación de dependencia. Para estos entrevistados, el ingreso al trabajo se produce por intermedio de las redes personales, situación que perdura con posterioridad como forma predilecta de entrada a las ocupaciones: “por todos temas de conocidos”; “me conocían, preguntaba”; “por un familiar”.

La familia y el círculo íntimo proporcionan así los primeros contactos con el mundo laboral en tanto ponen a disposición de los jóvenes una red de relaciones que facilita su acceso al mercado de trabajo, aunque éste suele ser precario y cercano a su lugar de residencia (Deleo & Pérez, 2013). En términos generales, la entrada a una ocupación ocurre en el sector informal de la economía, ahí se desempeñan en la rama de la construcción o mediante el ofrecimiento de distintos servicios a familiares y vecinos (principalmente de jardinería).

Ahora bien, la relevancia de la perspectiva de las trayectorias radica en el carácter longitudinal que implementa para comprender las nuevas condiciones que subyacen a la relación de los jóvenes con el trabajo; en contraposición a las investigaciones clásicas, que analizan estos vínculos desde un punto determinado en el tiempo. La introducción de miradas diacrónicas se vincula a la concepción de la inserción como un proceso complejo que no culmina necesariamente con la integración laboral. Si bien a la hora de reconstruir el proceso de inserción es importante describir la actividad desarrollada y el segmento de la economía, es necesario considerar también nuevas características que atiendan la manera peculiar en que los jóvenes ingresan al mundo del trabajo. Así, es fundamental analizar las prácticas laborales en relación con las entradas y salidas del mercado de trabajo, los cambios sectoriales u ocupacionales, el tiempo de duración y la calificación de las actividades desarrolladas.

Las trayectorias laborales de los entrevistados se distancian de la imagen clásica del empleo asalariado, identificado con un contrato de duración indeterminada, beneficios sociales cubiertos, posibilidades de promoción y de proyección a largo plazo. Por el contrario, una vez incorporados al mercado de trabajo, los jóvenes alternan diversas ocupaciones de corta duración. La secuencia laboral se configura a través de “changas”, donde la opción de trabajar se caracteriza por su condición puntual, irregular e indeterminada (“un tiempito”, “en el día”, “un par de veces”). En un horizonte de inestabilidad duradera, desarrollan una multiplicidad de actividades que guardan poca

vinculación entre sí: “trabajé en una banda de cosas”; “hice todos laburos diversos”. La informalidad e inestabilidad de las inserciones ocupacionales suscita en los jóvenes la búsqueda de estrategias que trastocan los modos tradicionales de entrada a la vida adulta, en tanto que pierden potencial explicativo las nociones de “trayectorias lineales” (Pais, 2007) o “carreras laborales” (Dubar, 2001); en contraposición, los recorridos ilustran una dispersión de estrategias de rebusque, que implican un saber “arreglárselas” y una convivencia con lo aleatorio; lo cual se manifiesta en aquellos entrevistados que expresan trabajar “de cualquier cosa, lo que venga”.

Las entradas circunstanciales en el mercado de trabajo secundario, la rotación laboral y la alta movilidad entre condiciones de actividad provocan que las trayectorias de estos jóvenes posean un horizonte muy limitado en cuanto a la formación, que se orienta básicamente hacia el trabajo manual y poco cualificado. En efecto, estas trayectorias desestructuradas no se desarrollan siguiendo un patrón de acumulación que habilite la constitución de una identidad laboral o la conformación de un oficio.

Si bien en pocos casos los jóvenes han conformado un oficio, esto no significa que consigan superar la informalidad e inestabilidad laborales. Precisamente, las características que adopta la inserción laboral juvenil de sectores bajos es producto de la persistencia de rasgos estructurales en el mercado de trabajo, que continúa funcionando de manera dual y segmentada. Este funcionamiento encuentra su correlato en el sistema de formación, donde los entrevistados logran desarrollar competencias que no están certificadas: “cosas que te llevan a aprender por necesidad de dinero, que vas mirando y lo vas aprendiendo” (Marcos, 23 años). En estas circunstancias, no es ilógico que los jóvenes elijan otros rumbos laborales posibles por sobre el camino del oficio: “Empecé a hacer changuitas de electricidad en el barrio, me fue muy bien. Por el oficio que aprendí, hoy en día **soy un electricista**. Bueno, me llevó a estar bien y mal porque **no tenía trabajo estable**, o sea, vivía de changuitas. **Hasta que después pegué la cooperativa**” (Marcos, 23 años).

Una mención especial merece el trabajo que como cooperativistas realizan los jóvenes, en el marco de políticas de empleo activas desarrolladas durante el periodo de posconvertibilidad. Es interesante observar el carácter paradójico de las cooperativas en tanto representan una ocupación temporal, que procura cierta estabilidad en relación con trabajos anteriores. Identificadas como un “paliativo”, aseguran cierta continuidad en el trabajo, aunque no garantizan un proyecto futuro asociado al mismo: “tampoco de una cooperativa voy a vivir” (Paco, 19 años); “si esto no te va a durar toda la vida” (Juan, 19 años). Asimismo, es importante señalar el carácter complementario que

asume esta actividad entre los entrevistados, al ser desarrollada junto a una variedad de changas ocasionales.

Desde una mirada que complejiza los postulados sobre la incertidumbre de las trayectorias juveniles contemporáneas (Pais, 2007; Gil Calvo, 2009), un dato interesante que emergió del trabajo de campo se refiere a la previsibilidad de secuencias ocupacionales contingentes, en razón de la intermitencia e inestabilidad laboral que experimentan los jóvenes en su vida cotidiana. La inseguridad ocupacional se naturaliza a medida que el trabajo estable se desdibuja de la experiencia transmitida por las viejas generaciones. Las biografías laborales ya no pueden aprehenderse a través de un esquema lineal unidireccional, imagen de una progresión hacia la estabilidad. En estos contextos, el trabajo precario e informal deja de ser una opción transitoria para convertirse en el único camino que prevalece a lo largo del trayecto laboral. Este fenómeno se manifiesta en el relato de ciertos jóvenes que arguyen no haber vivido periodos de desempleo:

—¿Tuviste mucho tiempo buscando trabajo?

—No, **así nunca estuve**. Si salía algo que me convenía me iba.

—En la época de gasista, que salían trabajos cada tanto, ¿cómo te las arreglabas?

—**Cuando ya no tenía laburo [...] te las arreglabas**, [hacia] changuitas y si no encontrás nada, cirujeas. Es corta o salís a meter fierro [robar], pero yo elegía lo otro, salía a cirujear. (Ramiro, 29 años)

Si en un primer momento el vínculo que establecen los jóvenes con el trabajo pareciera reducirse a la privación o supervivencia; al ahondar en sus sentidos ideales hallamos la vigencia del modelo tradicional de sociedad salarial, donde la situación de registro en el empleo fue una garantía de integración social a través del reconocimiento de los derechos laborales. En el universo simbólico de los entrevistados es posible identificar la persistencia de este imaginario social. Precisamente, frente a rumbos laborales signados por experiencias esporádicas, desprotegidas y de tiempo parcial, los jóvenes anhelan un trabajo estable que irrumpa con la intermitencia ocupacional y les garantice una protección social: “que estés en blanco, que te paguen seguro, aportes jubilatorios, todo” (Fermín, 19 años).

Ahora bien, que los jóvenes perciban como atributo prioritario el hecho de “estar en blanco”, no implica que lo reconozcan como probable en sus propias trayectorias. En efecto, en los recorridos juveniles se observa que lo que está en disputa no es el significado del trabajo —asimilado aún con el empleo asalariado—, sino más bien sus modos de actuar (changas), frente a un mercado laboral que no les deja mucho margen para su inserción: “otra no queda”.

Los relatos de los jóvenes revelan que si bien el universo de lo deseable se representa de una manera nítida y definida en lo que respecta a las condiciones laborales (importancia de un trabajo “fijo”, “cómodo”, “en blanco”); en el universo de lo posible se efectúa un ajuste de las expectativas hacia las oportunidades que ofrece el medio, donde las ocupaciones precarias e informales son percibidas como aquellas salidas laborales que están al alcance. La mirada instrumental hacia el trabajo, la ausencia de proyectos ocupacionales a largo plazo y la idea de trabajar de “lo que venga” caracterizan el vínculo que los jóvenes establecen con la esfera laboral.

### *2.3. Tercer momento. Las transiciones de la familia de origen a la de procreación*

En la sociedad contemporánea, el proceso de transición a la edad adulta no abarca una misma secuencia temporal de los eventos biográficos. En el diálogo con esta perspectiva, en apartados anteriores analizamos las transiciones educativo-laborales de los jóvenes entrevistados. Si bien las investigaciones sobre juventudes en Argentina han prestado atención al análisis de las trayectorias que las nuevas generaciones configuran entre la escuela y el trabajo, constituye un aspecto poco explorado el modo en que conforman su propia familia e independencia residencial. Por esta razón, a continuación atendemos los patrones de conformación familiar, y observamos las formas de transición que delinear los jóvenes en ese ámbito.

Como apuntamos previamente, el trabajo y la escuela aparecen asociados a un imaginario de movilidad socio-ocupacional que difícilmente está al alcance de las nuevas generaciones. En su lugar, la conformación de una familia propia y la consumación de una independencia residencial temprana se perciben como una opción posible frente a otras esferas de integración, al formar parte de una experiencia cotidiana y socialmente aceptada dentro de su contexto sociocultural. Es en torno a estos proyectos realizables que algunos entrevistados conforman su subjetividad, si bien la casa de material es un sueño compartido: “[Busco otro trabajo] para cobrar más que esto y comprar un terrenito, porque no quiero vivir toda la vida ahí, en lo de mi suegra. **Quiero tener lo mío, quiero hacerme una casa de material. Con esta plata no me alcanza ni para una pared**” (Luciano, 20 años).

Ahora bien, la perspectiva de la transición a la vida adulta define este pasaje como una secuencia “normativa” integrada por una sucesión de etapas: primero la formación educativa, luego el empleo y, finalmente, la emancipación familiar. Sin embargo, las trayectorias de los entrevistados no reflejan



una linealidad en sus rumbos hacia la adultez. Para estos jóvenes ese pasaje difícilmente se constituye —siguiendo la terminología propuesta por Casal, García, Merino y Quesada (2006)— a partir de la consumación de la independencia residencial (simbolizada con la formación de una familia propia) y la independencia económica (identificada con el acceso a un empleo estable). Durante el proceso de emancipación estas transiciones adquieren significados inéditos.

Por un lado, los cambios en el grupo conviviente, la inestabilidad del hogar y las uniones tempranas tienden a desplazar y poner en cuestión el alcance de la familia tradicional. Precisamente, las expectativas sociales en relación con las etapas del curso de vida familiar —que instituyeron la unidad doméstica nuclear como modelo de la modernidad—, no se presentan en la realidad social de los jóvenes del barrio, quienes adoptan una diversidad de formas de familia y de convivencia. Las profundas transformaciones en la estructura familiar nuclear se observan en el predominio de familias monoparentales o ensambladas, donde estas últimas acarrean hijos de distintas uniones que conviven bajo el mismo techo, padres a tiempos parciales, más de una vivienda, como algunas de las variantes posibles (Urresti, 2012).

Por otro lado, la consumación de una emancipación domiciliaria se desdibuja en sus términos “clásicos”, asumiendo un carácter progresivo que dificulta delimitar cuándo comienza y termina este pasaje: un cuarto propio, la casilla en el fondo de la casa familiar, el terreno y, más adelante, la casa de material. En este marco, la familia de origen “forma parte de la estructura de oportunidades en que se mueven los jóvenes, y su papel es determinante en el proceso de transición residencial” (Saraví, 2009, pp. 127-128). De acuerdo con este autor, no sólo se pone en evidencia que el inicio del proceso de independencia residencial comienza dentro del hogar de origen, donde los jóvenes empiezan a construir un espacio propio; sino que además, en un contexto estructural adverso, la familia extensa constituye una estrategia de sobrevivencia que permite resolver el problema crítico de la vivienda.<sup>5</sup>

Estos acontecimientos se reflejan en el caso de Lautaro, cuya biografía permite echar luz sobre el proceso de transición familiar y residencial. Luego de la separación de sus padres, conformó su propia familia a los 18 años de edad. Este joven se encuentra por asumir su paternidad junto a una muchacha del barrio, con quien está en pareja desde hace dos años y medio, aunque

<sup>5</sup> En la actualidad un conjunto de autores señala una mutación de la organización familiar: la familia pasa de ser considerada un espacio de socialización a ser una estructura de soporte y un espacio de contención ante las mayores dificultades que experimentan los jóvenes para integrarse social y laboralmente (García Canclini, Reguillo, Valenzuela Arce & Monsiváis, 2005; Guerra Ramírez, 2008; Pérez Islas, 2008).

con algunas separaciones: “nos arreglamos de vuelta. Y sí, porque se viene el bebé...”. Desde que se conocieron en la escuela, conviven deambulando “un poquito en cada lado” por las casas de su padre, madre, abuela y suegra. Indudablemente estas idas y vueltas en el hogar de convivencia, manifiestan que estas transiciones no están exentas de conflictos. Finalmente, la semana siguiente se mudarían juntos:

**Mi abuelo me dejó un terreno** de 10 × 30, grande ¿viste? Yo tenía una moto, se la cambié a mi viejo por un auto y el auto lo cambié por una casa. O sea, por **una casilla nueva** [...]. Ahora agarramos la casilla, pero yo le comenté que **adelante voy a hacer las bases para hacerla de material de a poco**. (Lautaro, 18 años)

Las características que asumen las transiciones familiares y residenciales —y por lo tanto el modo en que las nuevas generaciones resuelven la entrada a la adultez— evidencian un estallido del modelo normativo-lineal. En estas condiciones, los entrevistados desarrollan una pluralidad de transiciones centradas en el mundo familiar que no siempre siguen una pauta temporal regular. Mientras algunos jóvenes emprenden ese camino de manera prematura, sin haber conformado aún su propia familia; otros, habiendo transitado hacia su familia de procreación continúan residiendo en el hogar de origen, e incluso regresan al mismo luego de haberse independizado.

En las ciencias sociales, un conjunto de autores señala desde los años ochenta la dificultad de determinar el momento preciso en que se configura la transición a la adultez, mientras que en su lugar advierten un desdibujamiento de las etapas de la vida (Feixa, 2003; Gil Calvo, 2009). La frontera que antes separaba la juventud de la madurez adulta se torna cada vez más borrosa. En consecuencia, se cuestiona la nitidez de los umbrales de edad cronológicos, que proporcionaron a cada fase de la vida una secuencia de roles y estatus bien delimitados. De acuerdo con Margulis y Urresti (1998), la juventud es un significativo complejo que debe considerar los distintos lugares sociales asignados a las nuevas generaciones, quienes pertenecen simultáneamente a múltiples grupos y categorías sociales (estudiantes-trabajadores-padres-hijos), lo que provoca un solapamiento en las edades de la vida.

De esta manera, los destiempos e imbricaciones de las trayectorias laborales con las formativas y reproductivas, tornan aún más complejos y diversificados los rumbos biográficos. La desincronización de los calendarios de vida constituye en los jóvenes una identificación ambigua, que se expresa a partir de sus autorrepresentaciones: “soy un joven adulto”, para quienes la responsabilidad, la paternidad y el trabajo se vinculan a la adultez; mientras

que las amistades, el espacio público de “la calle” y “la joda” aparecen asociadas a la condición juvenil.

—¿Hoy en qué etapa creés que estás?

—Pienso que estoy en una etapa de adulto y no adulto [...]. Las cosas que pasé en mi vida me llevaron a crecer de golpe. No pude tener la diversión que tiene un adolescente, cuando se va a bailar [...] o sea, mi tiempo, más que nada, lo ocupé en trabajo y tratar de dar lo mejor en torno a mi familia [...]. **Crecer así tan de golpe, me llevó a no tener adolescencia, no tener infancia. Y pienso que soy adulto y no soy;** tengo mi nene encerrado adentro mío.

—¿Qué te quedó de ese “nene”?

—De ese nene me quedó la calle. Me crié en la calle y la calle es todo para mí... (Marcos, 23 años)

En este punto buscamos aprehender los modos subjetivos de vivir esta etapa vital a partir de aquellos acontecimientos que los jóvenes identifican como elementos significativos del pasaje hacia la autonomía residencial y la familia de procreación. Es interesante advertir que la reconstrucción de sentidos por parte de los entrevistados varía según si han emprendido o no dichas transiciones. En aquellos jóvenes que continúan viviendo en la casa paterna y no conformaron su propia familia, se observa un imaginario acerca del modo en que se produciría la emancipación, que concuerda con la concepción normativa de entrada a la vida adulta. Estos modos de regulación social que interpelan a los imaginarios juveniles, nos advierten acerca de un tiempo social que continúa vigente, pero que no logra realizarse en el tiempo biográfico.

—¿Cuándo planeás irte de tu casa?

—**Cuando tenga un trabajo fijo**, que tenga un buen sueldo, que me pueda hacer mi casa, después **cuando tenga en mi casa todas las cosas, que ya tenga todo, ahí juntarme y tener mi familia.** (Marcelo, 17 años)

Este relato evidencia la persistencia de referentes simbólicos tradicionales en el imaginario social de los jóvenes sobre el modo en que conciben el paso a la adultez. Sin embargo, las transformaciones que experimentan las nuevas generaciones en ámbitos como la familia, la escuela y el trabajo, obligan a los jóvenes a realizar ajustes en sus percepciones y prácticas. En este marco utilizan referencias distintas a las tradicionales y buscan agenciarse caminos y estrategias diversificadas. Así, entre los jóvenes que conformaron su propia familia observamos que las trayectorias asumen nuevos sentidos, al constituirse en estados transitorios e inestables en el ámbito educativo-labo-

ral, que están acompañados por una asunción precoz de roles paternos, sin todavía haber alcanzado una autonomía domiciliar plena.

### **3. Marcas territoriales: el espacio barrial como dimensión constitutiva de las trayectorias juveniles**

El presente apartado aborda las complejas relaciones que los jóvenes de El Aluvión establecen con el espacio barrial. La dimensión espacial cobra una relevancia particular en la construcción de las biografías juveniles contemporáneas, al presentarse como un ámbito fundamental en la vida de estos jóvenes. Desde este lugar se busca aprehender el modo en que el espacio urbano local es vivido y representado por las nuevas generaciones; sin olvidar las propias interacciones que establecen los jóvenes entre sí, en las que sus usos, apropiaciones y percepciones adquieren un valor especial en los procesos de configuración de subjetividades y prácticas identitarias.

Los jóvenes desarrollan un fuerte sentido de pertenencia hacia el ámbito barrial: “la ciudad es vivida desde el barrio. El territorio funciona como anclaje identitario desde el cual en parte se mira e interpreta el mundo” (Chaves, 2011, p. 5). Esta identificación en torno al espacio barrial presenta una enorme incidencia sobre las prácticas cotidianas de los entrevistados, en especial en lo que respecta a los circuitos urbanos que despliegan. En ese ámbito transcurre gran parte de su tiempo, ahí realizan sus actividades recreativas y formativas: concurren a la escuela, forman sus amistades e, incluso en varias oportunidades, el entorno barrial se convierte en el lugar predilecto para el desarrollo de su trayectoria laboral.

Como espacio cercano e inmediato, el barrio constituye una escena privilegiada: representa el lugar donde se producen los encuentros y las interacciones locales; asimismo, adquiere una relevancia particular en las experiencias y condiciones de vida para quienes asume la característica de lugar de trabajo. Si usualmente se representa el barrio desde su función residencial, esta afirmación no debe ocultar que para muchos de sus habitantes cumple también un papel productivo. En este sentido, ya advertimos que el ingreso de las nuevas generaciones al mundo laboral se configura por medio de las redes familiares y comunitarias, a través de las cuales los jóvenes entran por primera vez en contacto con el trabajo.

La ausencia de otras vías de acceso al mercado laboral pone de manifiesto la relevancia de un círculo íntimo y cercano espacialmente. En un contexto de segregación residencial,<sup>6</sup> las prácticas laborales se encuentran así —cada

<sup>6</sup> La segregación residencial se define como el grado de proximidad espacial o aglom-

vez más— localizadas territorialmente. Como señalan Gastón y Darío: “acá en mi barrio, atiendo el negocio” (Gastón, 18 años); “siempre agarro algún laburito [...] por el barrio” (Darío, 23 años). El espacio barrial configura así el escenario sobre el cual se despliegan las múltiples estrategias ocupacionales de los jóvenes y sus familias, donde confluyen el lugar de residencia con la zona de trabajo. En el marco de un mercado laboral donde se debilitan los vínculos estables, el aislamiento y la estigmatización de los espacios urbanos pobres conforman un escenario de renovada desigualdad, que manifiesta la imposibilidad de traspasar los límites del barrio: “**No me puedo mover, no salgo de acá dentro**, del barrio no salgo. Lo único que conozco es el barrio [...]. Me dice mi viejo, ‘nunca saliste del barrio, siempre estuviste acá, en la esquina y con tus amigos’. Lo único que hago, nunca salgo del barrio...” (Jeremías, 20 años).

La adscripción identitaria que despliegan los entrevistados en torno al ámbito barrial se refleja en las reiteradas frases “soy de acá”, “es mi casa”, en las que el barrio aparece como un espacio de identificación e inscripción territorial: “desde que nací soy de acá, me crié en el barrio, ya como que vivo acá [...] bah, vivo acá pero ya como soy del barrio” (Germán, 18 años). Para la mayoría de estos jóvenes su historia residencial y la de sus padres comienza en El Aluvión, y vislumbran su futuro y el de sus hijos allí: “yo no me quiero ir del barrio, ya es parte de mí” (Marcos, 23 años).

—Me quedaría acá yo, por siempre.

—¿Por qué “por siempre”?

—Y porque está repiola el barrio este [...] **tenés los amigos, ya conocés a todos, viste [...] ya te acostumbrás, además yo viví, de chiquito viví acá.**

—¿Cuál es la particularidad del barrio, qué lo diferencia de otros barrios?

—Te respetan acá, no te roban, nada. Si van a robar, van a robar a otro lado. (Marcelo, 17 años)

Un acercamiento a los relatos da cuenta de la preponderancia que adquieren las relaciones “cara a cara” en el espacio barrial. Los jóvenes señalan los lazos de solidaridad que se desarrollan entre los vecinos y la importancia del barrio como ámbito de sociabilidad; lugar de creación de amistades —“acá tengo una banda de amigos” (Paco, 19 años)—, donde se tejen redes de carácter íntimo y familiar —“nos conocemos todos acá” (Fermín, 19 años)—. Estos relatos manifiestan fuertes lazos barriales en torno a los

---

ración territorial de familias pertenecientes a un mismo grupo social, ya sea en términos étnicos, etarios, socioeconómicos, etcétera (Sabatini, Cáceres & Cerda, 2001). Este artículo se refiere a la segregación socioeconómica.

cuales los jóvenes construyen su subjetividad, al tiempo que buscan otras vías de integración alternativas a las tradicionales. En efecto, el barrio y el grupo de pares permiten a los entrevistados hacer frente a la inseguridad e incertidumbre que provoca su complicado tránsito hacia la vida adulta, en un marco de creciente desinstitucionalización. Como explica Reguillo:

a partir de una crisis en las “instituciones intermedias”, incapaces por distintos motivos de ofrecer certidumbres a los actores sociales, las culturas juveniles han encontrado en sus colectivos elementos que les permiten compensar este déficit simbólico, generando diversas estrategias de reconocimiento y afirmación, entre las que se destaca el uso de objetos, marcas y lenguajes particulares. (Reguillo, 2000, pp. 99-100)

Precisamente, el sentido de pertenencia que desarrollan los jóvenes respecto al espacio barrial presenta una enorme incidencia en sus biografías. En este contexto, las trayectorias laborales de los varones ocurren primordialmente en el espacio público, el cual aparece también como un ámbito íntegramente masculino en los tiempos de ocio: “la calle me encanta, no me preguntes por qué porque no sé, no puedo estar encerrado [...]. Me gusta la calle, me gusta salir” (Marcelo, 17 años). Allí —en “la calle”— despliegan sus formas de sociabilidad entre pares, donde la música, la vestimenta y los lugares frecuentados aparecen como signos de una identidad compartida. Sin embargo, esa “forma lúdica de asociación” (Simmel, 1949) que despliegan los jóvenes durante los tiempos de ocio resulta inadmisibles en un sentido utilitario, al implicar muchas veces la no realización de alguna actividad en especial; lo fundamental es ese “estar ahí” juntos, (sin)razón de qué se hace. Es interesante observar la forma en que se presenta Herlo al comenzar la entrevista:

—¿Qué me contarías tuyo [...] para definirte? ¿Qué te gusta hacer, que edad tenés [...]?

—Bueno, me llamo Herlo, tengo 16 años. Me gusta vagar [risas], qué sé yo.

—¿Qué es vagar?

—**Estar todo el día en la calle.**

—¿Qué hacés en la calle?

—**Nada [...] jodo con amigos, tomo coca [...] estar al pedo.** (Herlo, 16 años)

—¿Qué haces en tu tiempo libre?

—**Me quedo en la esquina.** Me tomo una coca, me quedo fumando un cigarro, una marihuana. Me gusta divertirme, quedarme con los pibes, ahí tranquilo [...]. Todos los días lo mismo, **es como que algo me tiene atado. Estoy en la esquina, y me quiero quedar ahí con mis compañeros,** fumándome un porro, tomando una gaseosa y **estar ahí.** (Jeremías, 20 años)

“La esquina” se presenta como el escenario de construcción de socialidades, lugar destinado para el encuentro con pares. Con el anochecer el espacio público se carga densamente de sentidos, pues funciona como anclaje identitario de un conjunto de grupos juveniles que adoptan las esquinas como lugares de reunión, consumo y amistad: “son como treinta grupos acá en el barrio. Son una banda de pibes, pero cada uno tiene su grupito” (Jeremías, 20 años). Así, en el espacio barrial se desarrollan diversas estrategias de diferenciación entre grupos juveniles, que encuentran en los clivajes espaciales una forma de materialización. La importancia que tiene el espacio urbano para los jóvenes se revela en las formas de percepción y apropiación del barrio, escenario donde emergen ámbitos de socialización y de generación de subjetividades desde los propios jóvenes.

—Nos juntamos siempre en [...] nosotros le decimos “el paredón”, allá en 163.

—¿Qué hay ahí? ¿Una pared grande?

—Sí, hay una pared grande, porque hay un predio ahí, de fútbol. Y paramos ahí [...] **ya es lugar de nosotros porque ya le pusimos un banco, tiene las paredes dibujadas** [...]

—¿Hay otros lugares así? ¿Otros grupos?

—Sí, pero nosotros nos juntamos entre nosotros. No nos juntamos con otros pibes. Nos hablamos con todos los del barrio, todo, pero **la junta es esa, nadie más.** (Herlo, 16 años)

A lo largo de este apartado hicimos referencia a los múltiples sentidos que adquiere el ámbito de residencia para los jóvenes entrevistados. Como apuntan García Canclini y coautores (2005), es importante aprehender “aquellos ‘lugares’ que densamente cargados de significación, operan como plataformas y referentes juveniles en la percepción y construcción de representaciones orientadoras para actuar en el mundo” (García Canclini, Reguillo, Valenzuela Arce & Monsiváis, 2005, p. 16). En efecto, el relato biográfico se inscribe al mismo tiempo en una estructura etaria y una urbana. La trayectoria se va enlazando no sólo con hitos temporales (etapas de la vida, fechas importantes, calendarios) e institucionales (educación, trabajo, familia), sino también con marcas territoriales (Chaves, 2011): “nunca salgo del barrio”.

## Conclusiones

Dentro de las ciencias sociales se han producido diversas perspectivas teóricas de aproximación a la juventud. Si bien los estudios sobre jóvenes se desarrollan desde una variedad de marcos referenciales, el interés del presente

artículo residió en complementar el modelo normativo-lineal de transición a la vida adulta con los significados que adopta la condición juvenil en un espacio y un tiempo determinados. En este sentido, postulamos la relevancia de atender a aproximaciones que otorguen una mayor centralidad al análisis de las transiciones a partir de los sentidos y las estrategias que despliegan las nuevas generaciones.

Partimos de la reconstrucción de trayectorias como una perspectiva teórico-metodológica que permite dar cuenta de las imbricaciones entre las estructuras sociales y la construcción biográfica que realizan los propios jóvenes. Desde este marco analítico, las estructuras de transición se conciben como construcciones histórico-culturales, que condicionan las distintas maneras de ser joven. La particularidad de la época actual es que ha tornado borrosos los límites que se establecían para cada clase de edad, lo que ha producido profundas modificaciones en el modo en que se concibió la transición a la vida adulta.

En este marco, nos encontramos ante la emergencia de una mayor diversificación en los calendarios y patrones de la transición a la adultez, que justifica el renovado interés por explorar las transformaciones en los procesos de entrada a la vida adulta y su relación con las subjetividades juveniles. Precisamente, la diversidad de los recorridos que actualmente delimitan los jóvenes entre la finalización de los estudios, la obtención de un empleo y los patrones de conformación familiar, revelan las múltiples y desiguales maneras de vivir la juventud. Como vislumbramos a lo largo del escrito, la escuela deja de representar el ámbito de socialización por excelencia y la garantía de una mejor posición socio-ocupacional. Paralelamente, surgen modalidades de convivencia inéditas que manifiestan cambios en los patrones de conformación familiar. A su vez, la transición al mundo productivo deja de ser un “momento” en la biografía de los jóvenes para convertirse en un “proceso” complejo, que no culmina necesariamente en la estabilidad laboral.

De este modo, asistimos a un desdibujamiento de las etapas de la vida. La condición juvenil ya no encuentra límites precisos en las sociedades contemporáneas, debido a la pluralidad de roles y pasajes no lineales entre diversas esferas de la vida social, que se solapan y articulan a lo largo de una misma biografía. Más allá de la vigencia de un modelo normativo-lineal a nivel del imaginario social —que continúa atado a modelos caducos: el ímpetu de la sociedad asalariada, el mérito educativo en pos de la movilidad social y los patrones tradicionales de conformación familiar—, los caminos que los jóvenes toman entre la escuela, la familia y el trabajo nos remiten a la idea de una desinstitucionalización de las transiciones de entrada a la vida adulta.



Sin embargo, sostenemos el carácter paradójico de este proceso. Si bien, por un lado, se transforman y resignifican muchos de los mecanismos de socialización e integración juvenil que involucran instituciones como la familia, la escuela, el empleo —aunque sus antiguas formas persisten sin desaparecer completamente (Pérez Islas, 2008)—; por otro lado, los entrevistados realizan ajustes en sus representaciones y prácticas al alejarse de aquellas normas basadas en la institucionalización tradicional. En este contexto, en la configuración de las trayectorias biográficas se vislumbran modos de gestión que apuntan hacia institucionalidades emergentes, tales como nuevos formatos escolares; cambios en los patrones de residencia y composición familiar; formas alternativas en el ámbito laboral, impulsadas por políticas activas de empleo; e incluso la búsqueda llevada a cabo desde los propios jóvenes de agenciarse caminos y estrategias con el fin de alcanzar la integración social. En efecto, pese a sus nuevos formatos, la escuela, el trabajo y la familia dejan de constituir para algunos jóvenes las principales vías de articulación en la conformación de subjetividades; en estas circunstancias, el barrio comienza a cumplir funciones inéditas frente a otras modalidades clásicas de inscripción social y se convierte en un soporte privilegiado que desarrolla patrones de interacción e identificación vinculados al territorio y a los grupos de pares.

Recibido: 7 de junio de 2016

Aprobado: 22 de agosto de 2016

## Bibliografía

- Bendit, R., Hahn, M. & Miranda, A. (2008). Creciendo en un contexto de cambio y globalización. In R. Bendit, M. Hahn & A. Miranda (Comps.), *Transiciones juveniles: procesos de inclusión social y patrones de vulnerabilidad en un mundo globalizado*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo.
- Casal, J. (1996). Modos emergentes de transición a la vida adulta en el umbral del siglo XXI: aproximación sucesiva, precariedad y desestructuración. *REIS*, (75), 295-316.
- Casal, J., García, M., Merino, R. & Quesada, M. (2006). Aportaciones teóricas y metodológicas a la sociología de la juventud desde la perspectiva de la transición. *Papers de Sociologia*, (79), 21-48.
- Chaves, M. (2011). Jóvenes entre el centro y la periferia de la ciudad, del Estado y de la academia. In J. Carpio (Comp.), *Las políticas sociales urbanas y la construcción de ciudadanía*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Chaves, M. (2010). *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires, Argentina: Espacio.

- Deleo, C. & Pérez, P. (2013). Estrategias de inserción laboral de jóvenes argentinos: un análisis de las formas de búsqueda de empleo. Presentado en XXIX ALAS, Santiago, Chile.
- Dubar, C. (2001). El trabajo y las identidades profesionales y personales. *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo. Trayectorias Ocupacionales y Mercado de Trabajo*, 7(13).
- Feixa, C. (2003). Del reloj de arena al reloj digital. Sobre las temporalidades juveniles. *JOVENes*, 7(19).
- Filmus, D., Kaplan, C., Miranda, A. & Moragues, M. (2001). *Cada vez más necesaria, cada vez más insuficiente: escuela media y mercado de trabajo en épocas de globalización*. Buenos Aires, Argentina: Santillana.
- Furlong, A. & Cartmel, F. (1997). *Young people and social change: individualisation and risk in the age of high modernity*. Buckingham, Reino Unido: Open University Press.
- Galland, O. (2007). *Sociologie de la jeunesse*. París, Francia: Armand Collin.
- García Canclini, N., Reguillo, R., Valenzuela Arce, J. M. & Monsiváis, A. (2005). Planteamiento conceptual de la Encuesta Nacional de la Juventud 2005. La condición juvenil. Formas de institucionalización, cambio y continuidad en el México contemporáneo. In N. García Canclini, R. Reguillo, J. M. Valenzuela Arce & A. Monsiváis, *Jóvenes mexicanos. Encuesta Nacional de Juventud 2005*. Ciudad de México, México: IMJ.
- Gil Calvo, E. (2009). La rueda de la fortuna: giro en la temporalidad juvenil. Presentado en Congreso de Lisboa Jóvenes y Rutas, Madrid, España.
- Gleizer, M. (1997). *Identidad, subjetividad y sentido en las sociedades complejas*. Ciudad de México, México: Flacso.
- Guerra Ramírez, M. (2008). *Trayectorias escolares y laborales de jóvenes de sectores populares. Un abordaje biográfico*. Ciudad de México, México: Cinvestav, tesis de doctorado.
- Jacinto, C. (2010). *La construcción social de las trayectorias laborales de jóvenes: políticas, instituciones, dispositivos y subjetividades*. Buenos Aires, Argentina: Teseo, IDES.
- Jacinto, C. (2006). *La escuela media. Reflexiones sobre la agenda de la inclusión con calidad*. Buenos Aires, Argentina: Santillana.
- Kessler, G. (2010). *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Kohli, M. (1989). Le cours de vie comme institution sociale. *Enquête, Biographie et Cycle de Vie*, (5).
- Kohli, M. (1986). Social organization and subjective construction of the life course. In A. Sorensen, F. Winert & L. Sherrod (Eds.), *Human development and the life course: multidisciplinary perspectives*. Londres, Inglaterra: Lawrence Erlbaum.
- Margulis, M. & Urresti, M. (1998). La construcción social de la condición de juventud. In H. Cubides, M. C. Laverde & C. Valderrama (Eds.), "Viviendo a toda" Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades. Bogotá, Colombia: Siglo del Hombre, Universidad Central.

- Martín Criado, E. (1998). *Producir la juventud: crítica de la sociología de la juventud*. Madrid, España: Istmo.
- Mauger, G. (1989). La «jeunesse» dans les «âges de la vie». Une “définition préalable”. *Temporalistes*, (11), Chargé de recherche CNRS.
- Miranda, A. (2010). La transición educación-empleo: estrategias metodológicas basadas en estudios longitudinales. *Estudios del Trabajo*, 9(40), 37-58.
- Pais, J. (2007). *Chollos, chapuzas y changas. Jóvenes, trabajo precario y futuro*. Barcelona, España: Antrhupos.
- Parrilla Latas, A., Gallego Vega, C. & Moríña Díez, A. (2010). El complicado tránsito a la vida activa de jóvenes en riesgo de exclusión: una perspectiva biográfica. *Revista de Educación*, (351), 211-233.
- Pérez Islas, J. (2008). Entre la incertidumbre y el riesgo: ser y no ser, esa es la cuestión... juvenil. In R. Bendit, M. Hahn & A. Miranda (Comps.), *Transiciones juveniles: procesos de inclusión social y patrones de vulnerabilidad en un mundo globalizado*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo.
- Reguillo, R. (2000). Pensar los jóvenes. Un debate necesario. In R. Reguillo, *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Bogotá, Colombia: Norma.
- Sabatini, F., Cáceres, G. & Cerda, J. (2001). Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción. *EURE*, 27(82).
- Saraví, G. (2009). *Transiciones vulnerables: juventud, desigualdad y exclusión en México*. Ciudad de México, México: CIESAS.
- Saraví, G. (2006). Biografías de exclusión: desventajas y juventud en Argentina. *Perfiles Latinoamericanos*, (28), 83-116.
- Simmel, G. (1949). The sociology of sociability. *American Journal of Sociology*, 55(3).
- Souto Kustrín, S. (2007). Juventud, teoría e historia: la formación de un sujeto social y de un objeto de análisis. *Historia Actual Online*, (13), 171-192.
- Urresti, M. (2012). Generaciones, experiencia y significación. In A. Mendes Diz & P. Schwarz (Coords.), *Juventudes y género: sentidos y usos del cuerpo, tiempos y espacios en los jóvenes de hoy*. Buenos Aires, Argentina: Lugar.
- Víncens, J. (1999). La inserción profesional de los jóvenes. En la búsqueda de una definición por convención. *Calificaciones & Empleo*, (23).

### Acerca de la autora

Eugenia Roberti es doctoranda en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Es becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y docente en la FaHCE-UNLP. Sus principales temáticas de interés son los jóvenes, las políticas de empleo y los estudios de trayectorias. De sus publicaciones recientes destacan “Los sentidos (des)centrados del trabajo: hacia una reconstrucción de los itinerarios típicos delineados por jóvenes pobres”, *Última Década*, núm. 44, 2016,

en URL <http://www.scielo.cl/pdf/udecada/v24n44/art09.pdf>; y “El revés de la trama en los dispositivos de apoyo a la inserción laboral juvenil. Un análisis del Programa Jóvenes con Más y Mejor Trabajo”, en Claudia Jacinto (Coord.), *Protección social y formación para el trabajo de jóvenes en la Argentina reciente: entramados, alcances y tensiones*, 2016, en URL <http://ides.org.ar/wp-content/uploads/2016/11/Libros-del-IDES-2016-PREJET-Jacinto.pdf#page=131>.